Escuela IDAES despide a Horacio González

Palabras de Micaela Cuesta

Primero Diego, ahora Horacio, rezo para que no le siga Charly. Esa es la serie en la que se inscribe para mí, y quizás para muchxs de mi generación, la figura de ese profesor de Marcelo T. por cuyas aulas entramos muchxs y muchxs salimos transformadxs. Sus clases eran lo más parecido a una performance, una invitación a experimentar en el cuerpo de la lengua las tramas de la historia. No sé si la estudiante que era entonces entendía algo de todo aquello, pero la certeza que el recuerdo trae se guarda en un verbo: cautivar. Eso hacía Horacio: cautivaba. Como el flautista de Hamelin conducía a su auditorio a través de su erudición a la osadía de asociaciones insospechadas, a una travesía por nombre propios cuyos destinos, cenit y ocasos, eran alegorías del ser nacional. Horacio sabía cómo desarmar panteones para mezclar algunas tradiciones y liberar a otras.

Su obra podría contarse en libros, en iniciativas políticas, en revistas, en intervenciones públicas, en causas militadas, pero todo eso no le haría justicia. Horacio desborda al pensamiento, trabaja en sus confines, extenúa sus límites. En torno suyo, como un gran narrador, reúne a quienes pueden disponerse a la escucha. Y en ese gesto crea comunidad. Así, me animaría a hablar de "generaciones gonzalianas", de intelectuales que llevan su huella más a flor de piel o menos expuesta. Ella se traduce en una muy singular sensibilidad: la que, sin perder un ápice de la materialidad de aquello que lee, puede despegarse hacia grados de abstracción inéditos para iluminarla en toda su extensión.

Se dice que “buenos” son los maestros cuyos discípulos pueden superarlos...no dudo del don de Horacio, pero no estoy tan segura de que alguien pueda superarlo. Sus textos serán los faros que podrán orientarnos en este naufragio.